

## \_CAJAL

Cuando se cumplen 150 años desde que el nobel Santiago Ramón y Cajal comenzara sus estudios en la Universidad de Zaragoza, el Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social ha tenido a bien dedicar todos los espacios expositivos del Paraninfo a recordar la figura del científico aragonés.

Se trata de una muy buena decisión, habida cuenta, entre otros méritos, del enorme cariño que Cajal sintió por su tierra. La magnífica exposición, de la que daremos cuenta en un número próximo, se ha centrado en mostrar dos aspectos muy importantes en la vida del sabio: su marcado perfil humanista y su decidida vocación científica y universitaria, con un énfasis especial en su amor por las cosas de Zaragoza y Aragón y por su Universidad. Efectivamente, Cajal sintió un profundo amor por la capital aragonesa y por su «venerada *alma mater*», como él llamó a la Universidad cesaraugustana. En un texto original de 1922, Cajal recordó que «Zaragoza es algo mío, muy íntimo, que llevo embebido en mi corazón y en mi espíritu, y palpita en mi carácter y en mis actos...», y que esta ciudad, en la que «duermen las cenizas de mis padres, maestros y amigos, ocupa preferente y espacioso lugar en el relicario de mi memoria».

Aquí estudió, aquí fue profesor y aquí dirigió desde 1879 los Museos Anatómicos de su Facultad. Pero lamentablemente, no pudo obtener una cátedra en Zaragoza a pesar de haberlo intentado. El claustro de esta Universidad, «a causa de dos o tres desequilibrados», según sus palabras, «ardía en resquemores y antagonismos impropios del decoro de la toga», así que «resolví al fin, contra el consejo de mi familia, trasladarme a la Ciudad Condal». Es doloroso pensar que por culpa de esos «dos o tres» intrigantes o conspiradores, cuyos nombres hoy ya nadie recuerda, Santiago Ramón y Cajal no pudiera ser catedrático en Zaragoza.

Esta exposición es, por tanto, un recuerdo emocionado y un desagravio hacia quien tanto quiso a su Universidad. Reivindicar su enorme figura, cuando se habla de la creación de un Museo Cajal y cuando el CSIC quiere habilitar una sala en su sede central de Madrid para exponer la parte más relevante de su legado, se nos antoja hoy más necesario que nunca. Es hora de que Zaragoza y Aragón reafirmen su tradicional pasión por Cajal. La Universidad ha entendido que es el momento de hacerle un homenaje a uno de sus hijos más ilustres, pero las instituciones aragonesas tienen que aprovechar esta ocasión para defender que parte del legado del que tal vez sea el mejor de entre los nuestros se quede en su tierra. Aragón tiene que estar a la altura y no perder la segunda oportunidad de retenerle.

editorial

